

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD – 2011 CICLO “A”

Cada año celebramos en la Iglesia, en la solemnidad de la Santísima Trinidad, la Jornada Pro Orantibus, “por los que oran”, para dar gracias a Dios por el gran don de la Vida contemplativa y la presencia luminosa de los muchos monasterios que pueblan nuestra geografía.

JORNADA DE ORACIÓN POR LAS RELIGIOSAS CONTEMPLATIVAS

Los monjes, las monjas y la vida eremítica ofrecen a la comunidad cristiana y al mundo de hoy, tan necesitado de auténticos valores espirituales, un anuncio silencioso y elocuente del amor de Dios, testimonio humilde del misterio trinitario. El ritmo tantas veces acelerado de nuestra vida diaria reclama espacios y tiempos de calma y silencio, oración y contemplación. Los monasterios son estos lugares donde la Palabra del Señor acontece en la liturgia, el canto, el trabajo y la contemplación, y donde cada comunidad se entrega a la oración de intercesión por todos los hombres.

1.- Objetivos del Día “Pro Orantibus”

1. Orar por los consagrados y consagradas en la vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan, y el rico patrimonio espiritual de sus Institutos en la Iglesia.
2. Dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia y para el mundo.
3. Promover la vida de oración y la dimensión contemplativa en la Diócesis; dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, guardando la clausura.

2.- Mensaje de la Comisión Episcopal: La “Lectio Divina”: un camino de luz.

Ofrecemos un resumen amplio de este mensaje que ofrecemos a todos de manera especial a los Hermanos y Hermanas contemplativos.

La vida escondida con Cristo. “Quienes han sido llamados a esta vida escondida con Cristo en Dios se entregan a la oración incesante, al trabajo y a la vida fraterna, en un ambiente de silencio y soledad habitado por la Palabra y visitado por el amor del Señor Resucitado (cf. Verbi Sponsa 3; VC 8). Si toda vida consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida» (Verbum Domini 83) es en concreto la gran tradición monástica la que «ha tenido siempre

como elemento constitutivo de su propia espiritualidad la meditación de la Sagrada Escritura, particularmente en la modalidad de la lectio divina» (Ib), imitando a la Madre de Dios, «que meditaba asiduamente las palabras y los hechos de su Hijo (cf. Lc 2, 19.51), así como a María de Betania que, a los pies del Señor, escuchaba su Palabra (cf. Lc 10, 38)».

La lectio divina es búsqueda de Dios siguiendo el camino luminoso de su Palabra en los libros de la Sagrada Escritura. Buscar a Dios ha sido desde siempre la tarea primordial de toda vida monástica, y esta ha encontrado en la **Lectio** –desde sus inicios– y encuentra en la actualidad un método sapiencial que enamora el corazón, ilumina la inteligencia y purifica el alma disponiéndola para el encuentro con el Esposo. La Lectio supone volver a pasear con Dios por el paraíso de la bendición original, y su compañía amorosa recrea nuestra vocación, alimenta nuestra fe e ilumina nuestra existencia (cf. Verbum Domini 87).

Los contemplativos, por la familiaridad orante con la Sagrada Escritura, imitando a la Virgen María, logran hacer de la Palabra de Dios su propia casa, de la cual salen y entran con naturalidad (cf. Verbum Domini 28); esta ilumina la mente y moldea los corazones hasta llevarlos a comulgar con los sentimientos del Hijo.

Los contemplativos son convocados así a convertirse en exégesis viviente de la Palabra de Dios que leen, meditan, escrutan, rezan, celebran, cantan y contemplan a diario en la comunión de la Iglesia (...).

Los contemplativos tienen la indispensable misión de irradiar en nuestra Iglesia la Belleza, la Verdad y la Bondad del Dios Trinitario que ama a todo hombre con misericordia infinita y que no quiere que ninguno se pierda. Ellos son lámparas encendidas que arden con el aceite del amor divino y brillan con la luz de la esperanza. Llamados a montar una guardia de oración sin tregua ni distracciones, perseveran vigilantes aguardando el retorno del Señor en medio de la noche de nuestro mundo. Arraigados y edificadas en Cristo permanecen firmes en la fe, intercediendo por toda la humanidad....

Los contemplativos saben muy bien que la Stma. Trinidad es nuestro origen más original y nuestro destino más auténtico y lo viven así. Ciertamente que a ellos no los encontramos en los nuevos areópagos del mundo, ni podemos escuchar sus voces en los actuales atrios de los gentiles. Pero están. Su aparente ausencia es su verdadera presencia, porque la oración en lo oculto a la que se entregan día y noche es el alma de nuestro apostolado público y el corazón de toda obra evangelizadora. Ellos escuchan en el silencio la misma Palabra que otros anunciamos por los caminos, y lo que el Señor les dice al oído, nosotros lo gritamos por las azoteas (cf. Mt 10, 27). Ellos adoran a la Santa Trinidad en la soledad de un culto permanente

hecho en espíritu y verdad... y nosotros confesamos a la misma Trinidad con nuestra entrega sin reservas en la caridad misionera del apostolado que se nos ha confiado según los diversos carismas..

Que la Santísima Virgen María, primera consagrada al Padre, por el Hijo, en el Espíritu, mujer orante, maestra de contemplación y madre de los apóstoles, nos guíe y acompañe en este camino de luz al que la Iglesia nos convoca en esta hora de la Nueva Evangelización.

Mons. Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada.

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE LA STMA. TRINIDAD

La Iglesia celebra hoy en la liturgia el Misterio insondable e inefable de Dios.

La Iglesia contempla hoy en la oración la solemnidad de la Stma. Trinidad, confesión de nuestro Credo y fundamento de toda vida cristiana.

El misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo se nos ha revelado en su Palabra, lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero.

En el Misterio de la Santísima e Indivisa Trinidad confesamos y adoramos al único Dios en la Trinidad de personas, y la Trinidad de personas en la unidad de Dios (elog. del Martirologio Romano).

La Stma. Trinidad es la tierra prometida que anhela y busca nuestro corazón, el hogar entrañable en el que todos deseamos entrar, habitar y estar para siempre, la única y añorada patria de la que un día salimos y a la que un día volveremos. Es el misterio de un Dios trascendente y cercano

Abramos con respeto inmenso, con fe humilde, con amor entrañable y con esperanza viva nuestra inteligencia a la revelación siempre nueva del Dios “del amor y de la ternura, lento a la cólera y lleno de amor y de fidelidad”, ante el cual Moisés se postraba en adoración y súplica.

1.- Las Lecturas

*** Ex 34,4b-6.8-9.** Dios se revela y manifiesta al hombre saliendo a su encuentro. No lo encontraríamos nosotros si Dios no hubiese salido a nuestro encuentro en su Hijo Jesucristo. El Dios de la gracia, de la paz y de la misericordia es un Dios cercano y en comunión con nosotros.

*** Salmo Responsorial: Dn 3, 52-56.** Dios ha liberado a los tres jóvenes de morir abrasados por las llamas. Ellos dan gracias a Dios y entonan un cántico: a ti gloria y alabanza por los siglos. Bendigamos también nosotros al Padre por Cristo en el Espíritu.

*** Segunda Carta de San Pablo a los Corintios 13, 11-13.** La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo. Abramos nuestro corazón a Dios confesando su misterio y acogiendo su gracia, su amor y su perdón.

*** Jn 3, 16-18.** Dios nos ama tanto que nos ha dado y entregado a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna. Acojamos por la fe y el amor al Señor porque Él es el Salvador del mundo y del hombre. No le demos la espalda ni nos mostremos indiferentes ante Él. La finalidad de la misión del Hijo es comunicarnos la vida eterna, la salvación, no la condenación.

2.- Sugerencias para la Homilía

2.1.- Dios es amor

San Juan nos presenta y muestra a Dios como Amor: “Dios es Amor” (I Jn.4,8). ¿En qué consiste este Amor?

. * Amor que es don y entrega de sí mismo a la humanidad entera. Desentrañemos esta afirmación con las palabras de san Juan y de San Pablo:

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados” (I Jn.4,10). “Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm.5,8). “Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (I Jn.4,16)

Meditemos sin prisas estas palabras. Nos hará mucho bien.

* Amor que es perdón, misericordia y rechazo de condenar. Desentrañemos esta afirmación con palabras de la Biblia:

“Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (ITm.2,3).

“No he venido para condenar al mundo, sino para salvar al mundo” (Jn.12,47).

Dios nos acoge en la inmensidad de nuestros pecados, nos perdona, nos invita a sentarnos en torno a su mesa eucarística. El Padre de la Parábola del Hijo pródigo se nos revela así. El Pastor que busca la oveja perdida nos revela con claridad este amor.

* Amor que es compartir la vida eterna, llamada a la comunión con Él y entre todos nosotros. Recordemos las palabras de Jesús:

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo” (Jn.6,51).

Acudamos a Cristo, “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn.14,8). Cristo es el camino que nos lleva a la verdad y a la vida.

* Amor que es estar con nosotros siempre, hasta el fin de los siglos: “No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros” (Jn.14,18). El Señor está a nuestro lado y camina con nosotros. Él nos guía con su Espíritu, nos alimenta con su Cuerpo y con su Sangre y nos ilumina en nuestro caminar

por este mundo. “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a Él, y haremos morada en él” (Jn.14,23).

3.2.- Hablemos bien de Dios.

“En esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (GS 19).

Meditemos estas palabras. Revisemos nuestra manera de hablar de Dios. No nos conformemos con cualquier forma de hablar de Dios....

A nosotros nos corresponde hablar bien de Dios. Para ello hemos de conocerlo y experimentarlo pues sólo los testigos pueden hablar bien de Dios. La nueva evangelización se hace por testigos. Tengamos siempre presente los sacerdotes, los catequistas, los evangelizadores...que “los hombres y mujeres de nuestro tiempo escuchan mejor a los testigos que a los maestros y si escuchan a los maestros es porque son testigos (Pablo VI).

Los testigos son aquellos que conocen a Dios, que han experimentado la bondad, el amor y la ternura de Dios, que han gustado cómo sabe Dios, que han hecho la experiencia del desierto: han visto al Invisible. Desde ahí, anuncian a Dios a todos: “A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado, con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo” (GS 21). No es lo mismo hablar de Dios desde un libro..., que hablar de Dios desde la experiencia vivida en el encuentro con el Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

No olvidemos que también es necesario hoy y siempre estar preparados y dispuestos para dar razón de nuestra fe y de nuestra esperanza a quienes nos la pidan. Para ello es necesario formar bien nuestra fe, educar nuestra fe...De ahí la necesidad de asistir y participar en cursos de formación bíblica, teológica, catequética...

3.- De la Palabra a la Eucaristía

¡Qué gran misterio de amor! El Padre nos da a su Hijo que se hace presente en la Eucaristía por las palabras de la consagración y la acción transformadora y vivificadora del Espíritu Santo. Acojamos y vivamos este insondable misterio de amor y de gracia

4.- De la Eucaristía a la Misión

Hemos celebrado la Eucaristía, el Misterio de nuestra fe.
Somos el Pueblo adquirido por Dios, llamado a salir de las
tinieblas del pecado y de la muerte para entrar en su luz maravillosa.
Seamos testigos de Dios ante nuestros hermanos.

Unidos a tantos hermanos y hermanas que viven entregados a la
oración en la vida contemplativa, damos gracias a Dios por el don de sus
vocaciones, y avivemos en nosotros la fidelidad a nuestro bautismo.

Que la Virgen María, mujer contemplativa, acompañe nuestro
camino con la luz de la fe, el consuelo de la esperanza y la fortaleza
del amor.

Terminamos. Unidos en la plegaría.

Cáceres. 13 de junio de 2011
Fiesta de San Antonio de Padua

Florentino Muñoz Muñoz